

Capellán de la Cofradía
Ilustrísimo Hermano Mayor
Señor Presidente y miembros de la Junta Directiva
Estimados Escudo de Oro y Madrina de la Agrupación
Apreciados hermanos del Jesús, hermanos marrajos, y hermanos cofrades
Queridísima gran familia Berruezo, Adelantado y Alburquerque,
Amigos y amigas
Señoras y señores

Me veo obligado a mirar hacia arriba para encomendarme a Nuestro Padre Jesús Nazareno en primer término, pero tengo que seguir subiendo la mirada hasta el cielo para terminar la salutación de hoy, no porque esté lloviendo a rabiar... ¡vamos, que parece Viernes Santo!

Y no sólo por los muchos hermanos de la Agrupación que nos estarán “mirando” desde ahí arriba, sino sobre todo por la parte tan importante de mi familia que me escucha desde allá.

Hoy mi madre hubiera cumplido 74 años, de no ser porque el dichoso cáncer entró por la puerta grande en mi familia. A ella, *Josefina*, y a mi añorado hermano *Pedro Pablo* también quiero ofrecerles este Pregón.

Después de escuchar la más que merecida y un “poquito” exagerada presentación de mi persona que ha realizado mi querido hermano *Món*, da miedo continuar con mi disertación, a sabiendas sobre todo de lo maravillosamente bien que lo hicieron mis hermanos de los dos años anteriores, *Lorena* y *Món*.

Al que le toque el próximo año que esté tranquilo, que ya bajo yo el listón ahora...

Hace ahora dos meses exactos recibí una llamada que no esperaba...

Faltaban pocos días para realizar la Primera Junta Directiva tras las elecciones de Presidente de la Agrupación de Nuestro Padre Jesús Nazareno, a las cuales yo no había podido asistir por encontrarme en Elche con el Máster de Fotografía que tanto tiempo me está quitando en estos últimos años de estar con los míos...

¡Gracias por vuestra comprensión!

Pues bien, en esas circunstancias, y al coger el teléfono, lo único que se me pasó por la cabeza al escuchar la tranquilizadora voz de mi buen presidente y mejor amigo Domingo fue:

¡ESTA LLAMADA ME CUESTA MI CARGO EN LA NUEVA DIRECTIVA!... pero es normal con el poco tiempo que tengo últimamente para actualizar la página web y para hacer el boletín, me lo merezco...

Y de repente, mientras mi cabeza seguía ahondando en ese pensamiento, esa dulce voz que todos conocemos interrumpe mis pensamientos diciendo que había pensado en mí para hacer el Pregón de la Juventud este año... ¡Dios mío!, pienso yo.

Y claro, obviamente, enseguida le dije: “¡YO PENSABA QUE DE ÉSTA YA ME HABÍA ESCAPADO POR LA EDAD!... pero se ve que no”.

Parece ser que, como alguno de mis queridos hermanos del Jesús me decía días después, en la cena de Navidad de la nueva directiva:

“¡David, tú eres EL ÚLTIMO MOHICANO del pregón joven!”.

Y con todos estos pensamientos me voy yo a casa, dispuesto a escribir mi pregón. Me pongo entonces a reflexionar sobre lo que me gustaría contar, y no consigo sacar de mi cabeza una pregunta que me empezaba a agobiar: ¿REALMENTE SERÉ YO LO SUFICIENTEMENTE JOVEN PARA DAR ESTE PREGÓN?

Fue entonces cuando se me encendió una bombillita que llevaba ya más de diez años apagada en algún rincón de mi cabeza, y que no usaba desde aquellos años en que fui Jefe del Grupo Scout de los Maristas. Algo que algunos de los aquí presentes, que compartieron conmigo esos años, ya “sufrieron” en sus carnes: ¡CONTAR UN CUENTO!

Si entonces, digamos “ANTESDEAYER”, cuando era joven “DE VERDAD”, era capaz de contar un cuento cada vez que dirigía alguna ceremonia, ¿no iba a ser capaz de hacerlo ahora para los jóvenes cofrades?

Aunque quizá lo de contar un cuento sería más adecuado a la infancia que a la juventud... Los jóvenes de hoy hubieran preferido que les escribiera en la web, en un blog, en el muro de mi facebook o en un tuitar...

Pero, ¿quién de los aquí presentes, jóvenes y no tan jóvenes, no sigue queriendo ser un niño en algunos momentos de la vida!...

Entonces... ¡DECIDIDO!

Les voy a contar a todos ustedes el cuento de

“EL HOMBRE QUE SE SENTÍA SUFICIENTEMENTE JOVEN”

Érase una vez un hombre, de cuyo nombre no quiero acordarme, que tuvo la suerte de nacer, aunque fuera el último, en una familia maravillosa, que vivía en una preciosa ciudad milenaria en la costa, al sureste de una península que llamaban ibérica, imagino que por el nombre del mejor de los aperitivos que hay sobre la faz de la tierra. Dejando a un lado las bromas, éste hombre sentía que desde bien pequeño había sido “suficientemente mayor”.

Quizá porque ya cuando él viera la luz en el mundo, un 29 de marzo, le tocó ser el pequeño. El quinto tras casi diez años desde el cuarto hermano de

una familia numerosa y numerosamente implicada con numerosas causas, por supuesto siempre buenas.

Por eso fue lo suficientemente mayor para ser inscrito en la Agrupación de Jesús Nazareno antes que en el Registro Civil.

Lo suficientemente mayor para ir a los pocos días de nacer a un encuentro familiar, que sería el primero de muchos.

Lo suficientemente mayor para recibir su primera carta de manos de su querido obispo D. Javier Azagra.

Lo suficientemente mayor para quedarse solo en casa o para ir de casa en casa los veranos con su maleta.

Lo suficientemente mayor para salir de monaguillo en el Jesús con 7 años, y tras salir durante cinco años, “descansar” solamente uno de nazareno, para salir de capirote con 13 años. ¡Eran otros tiempos!

También fue lo suficientemente mayor para ser monitor de los scouts con 14 años.

Lo suficientemente mayor para cuidar de sus sobrinos y sobrinas desde que eran bebés.

Lo suficientemente mayor para enamorarse con locura con 19 añitos.

Lo suficientemente mayor para ser Coordinador del Grupo Scout a los 20 años.

Lo suficientemente mayor para ser maestro de Educación Física del Colegio de San Miguel (que los jóvenes ya casi ni recordarán) a los 21 años de edad.

Lo suficientemente mayor para casarse con su queridísima mujer a los 26 años.

Lo suficientemente mayor para, junto a su querido amigo *Ángel Cegarra*, viajar por media España tras haber ascendido al equipo de baloncesto de su ciudad natal a liga EBA.

Parece que nuestro amigo, aunque había llegado tarde a la familia, estaba haciendo honor al apellido...

Pero hasta ahí la vida no había hecho más que empezar, y todavía le quedaría por vivir lo mejor y lo peor.

Junto a su maravillosa esposa, se casaría y sería lo suficientemente mayor para tener dos hijos preciosos que le quieren con locura.

Incluso, por desgracia, fue lo suficientemente mayor para que la vida le diera un golpe muy fuerte, y tuvo que sufrir la enfermedad y la muerte de una madre y de un hermano en poco más de tres años.

Con todo esto, aquel niño, suficientemente mayor, se había convertido sin darse cuenta en un hombre. Pero por supuesto no era un hombre cualquiera, era un hombre que, por las circunstancias de la vida, se seguía sintiendo suficientemente joven.

Lo suficientemente joven para que sus sobrinos mayores lo consideren “el mayor de los sobrinos” en vez de “el pequeño de los tíos”.

Lo suficientemente joven como para intervenir año tras año en la educación motriz de más de doscientos niños y niñas de entre seis y doce años.

Lo suficientemente joven como para embarcarse en un Master en Fotografía, y tener sueños...

Lo suficientemente joven para reírse y jugar con sus hijos y con su mujer cada vez que puede.

Lo suficientemente joven como para hacer un “doblete deportivo” de 3 horas en una misma tarde, con su buen compañero y amigo *Ángel*, 12 años menor que él... aunque luego lo pague con una rotura fibrilar...

Y en todas esas, EL HOMBRE QUE SE SENTÍA SUFICIENTEMENTE JOVEN se plantea un día, tras tantas actividades, salidas y entradas... ¿cuál es realmente la única cosa que se ha mantenido fija en su vida?

Por supuesto el amor y la genial convivencia con su familia al completo y con su mujer y sus hijos. ¡ESO ES LO PRIMERO!

Pero... ¿algo más se ha mantenido constante en su vida?

No le hace falta mucho tiempo para llegar a la conclusión...

¡EL JESÚS NAZARENO!

Desde el día que nació lleva “apuntado”. Su padre había salido desde joven durante muchos años de penitente, siendo sudarista, cruz reliquia y hermano vara. Su tío, sus primos y sus hermanos mayores también habían desfilado, y “sufrido” otros tiempos. Incluso varios de sus sobrinos habían salido en la procesión del Santo Entierro en las filas del Nazareno.

Pero él, tranquilo, paciente y callado, había estado todos estos años ahí. Desfilando como monaguillo, como nazareno (aunque poco) y como capirote lo que más.

Todavía recuerda aquel jueves santo, hace casi 25 años, que nuestro querido y añorado “Dieguico” le dijo:

“Berruezico, tú como eres el más grande de todos los “banderines”, tienes que llevar pilas por si hace falta sustituir a alguien en los hachotes durante la procesión”.

Y ahí estaba él, la madrugada de su estreno de capirote, saliendo de la pescadería cuando ni había puerta del Nazareno ni siquiera gente para ver salir la procesión, con ese “cinturón” de pilas de petaca. Y mucho antes de que se le pudiera clavar en el alma, o mejor dicho en los riñones, allá por el puente Mompeán, ve llegar a un hermano vara “chiquitico” que le dice:

“Se ha mareado un hermano de hachote y tienes que ponerte en su lugar... ¡vente conmigo!”.

Ya está. Fue a parar el penúltimo de la fila derecha casi sin darse cuenta, y ya no salió de ahí. Con el paso de los años iba “adelantando” su posición, a la vez que el tercio “rejuvenecía” a pasos agigantados...

Desde allí vio pasar varios jefes de tercio, por lo menos cinco o seis, y vivió aquellos años de “¡Viva er’ Jezú!”. “Jezú” con la Z andaluza de nuestro fallecido presidente Antonio Cárdenas. Los jóvenes que hoy creéis que Domingo se enrolla de vez en cuando en la juntas, tenías que haber vivido aquellas juntas... ¡y aquellos desayunos...!

Participaba poco en la vida de la Agrupación. Es más, se limitó durante muchos años a asistir a aquello que le invitaban o que se enteraba, que era poco o nada que no fueran las juntas generales, y las procesiones. Por aquel entonces pensaba que ser cofrade era eso.

Pero aguantó ahí.

Yo creo que ni tan siquiera él sabe muy bien porqué... ¿Tradición quizás?

No creo que sólo por tradición se aguante en una agrupación de Semana Santa...

Entonces le tocó vivir un cambio de hachotes en el tercio. Unos nuevos y flamantes hachotes... hasta que los cogieron y pudieron comprobar que eran “mucho más livianos” que los anteriores y además “más fáciles de agarrar”. Vaya “masacre” para las manos y para los guantes, mientras se desfilaba se podían escuchar los comentarios del público al ver al tercio:

“¡Pobrecicos, mira cómo les chorrea la sangre de la mano!”

Con ese sufrimiento y nuestro protagonista todavía seguía allí... ¿Sería por amistad? ¿Por compañerismo?

Había convivido con otras grandes familias de la Agrupación como los Acosta, los Ortas, los Bastida, los Pujol, los Manresa, los Ros, los Madrid, los Truque, los Negroles, y tantos y tantos apellidos que estaban unidos al Nazareno, alguno de los cuales estaba casi en vías de extinción, como el suyo...

Realmente había hecho muchos y buenos amigos en el seno de la Agrupación, alguno de ellos incluso era compañero suyo también en los scouts, como Carlos, grandes amigos pero ninguno tanto como para seguir al pie del cañón sólo por eso...

Llegaron los ensayos cuando Santa Lucía ya no servía para ensayar como antes, cuando desfilaban solos hasta el Encuentro, y también vivió el famoso “desdoblamiento” del tercio cuando ninguno de los presentes en la Junta General, sabía muy bien ni de qué se estaba hablando ni porqué se hacía eso... pero él siempre OK. El desdoblamiento trajo algo bueno: llegaron al tercio muchos hermanos nuevos, gente joven, algunos conocidos, y entre ellos, uno de sus mejores amigos.

En cuanto a elegir una procesión después de tantos años saliendo en las dos sin descanso, él se quedaba con la madrugada, con la que tanto había llorado, rezado, sufrido y por supuesto con la que tanto se había mojado...

A pesar de que eso le haría “olvidarse” de las capas de raso que tanto le gustaban, y de “desfilarse” en la magna procesión del Santo Entierro.

Sé que a su mujer esa idea le gustó mucho... no tanto porque estaría junto a ella viendo la procesión de la noche, como porque ya no tendría que “pelearse” más planchando la dichosa capa...

Pero a pesar de todos los pesares, ahí estaba él. ¿Sería por Devoción?

Es posible que sí, pero tampoco creo que sólo la devoción por una imagen o el fervor popular sea capaz de eso. Además, él tenía la suerte de salir de portapasos de la Virgen de la Piedad desde los 17 años, gracias a que su cuñado Jorge había dejado de salir “por su espalda”. No hay nada más bonito ni más sufrido que ir portando a la virgen en ese día tan especial en que toda Cartagena sale a la calle para rezarle, para pedirle o para darle gracias a la madre del Nazareno. Desde dentro de su capucha, cuando nadie le puede ver ni saludar, ora ensimismado mientras se va rompiendo por el esfuerzo. En ese silencio que da la oración, puede escuchar a la gente, que al paso de la Piedad, con su corazón en un puño, se sorprenden a sí mismos con un comentario, una oración, un romper a llorar, o un viva la virgen, que desde hace muchos años, sin necesidad de que nadie se lo prohíba, no obtiene respuesta debajo del trono, algo que al pueblo de Cartagena le extraña en un primer momento pero enseguida lo entiende, lo comprende y lo comparte.

En todo esto, andaba nuestro hermano, ahondando en su corazón y en su mente para entender cómo y porqué El Jesús Nazareno nunca había abandonado su vida, desde que nació...

Cuando ya iba desfilando por el número ocho de la fila en las procesiones, y ya empezaba a pensar que acabaría de puntero, llegó un día, en el ensayo, en que se le acercó el jefe de tercio y le dijo:

“Este año en la madrugada tienes que salir en el sudario, que Paco va a salir solo en la procesión de la noche”.

La ilusión de su vida. Ahí estaba él, que le habían dicho que sólo sería para ir de borla y para aprender “el oficio”. Muy bien, perfecto.

“Yo viendo, escuchando, y callando”, pensaba él.

Y en esa mágica madrugada de Viernes Santo, llega nuestro querido hermano Pedrín y al pasar la esquina del Bar Sol le dice: *“¡Toma, agarra el sudario!”*

¡Dios santo!... Entonces empieza lo bueno. Cuando vas con el hachote, además de seguir las órdenes del sudario y de la cruz reliquia, de mirar al compañero por el rabillo del ojo o de mantener la distancia con el de delante, cuando consigues relajarte llegas a aprender hasta a ver al público que está sentado contemplando la procesión... ¡cuando tienes tiempo, claro!

Hasta de borla puedes ver y escuchar a los demás, poco pero alguna vez. Pero aquí no.

El sudario te absorbe. Esto sí que es poner en una procesión todos tus sentidos:

Necesitas **la vista** para mantener la distancia con las palabras, y para intentar salir y parar lo más próximo en el tiempo a ellos. Para volver al pasado cuando ves el maravilloso bordado que tienes ante tus ojos.

Necesitas **el oído** para escuchar el tambor en todo momento, cuando se oye fuerte, cuando hay eco, cuando suena la música, cuando el tambor va más deprisa, cuando va más lento, cuando se oyen los judíos o los granaderos, cuando no se oye... Y además tienes que oír a los borlas, porque son tus ojos cuando estás parado, y cuando andas, también.

Necesitas **el tacto** para agarrar el sudario, para arriarlo o izarlo con la suficiente fuerza que lo vea el último de cada fila de penitentes, para aguantarlo cuando hace viento, para acariciar el terciopelo centenario, para bajar el sudario paralelo al suelo y ponerle el plástico cuando empieza a llover, para encontrar el dichoso enganche del portasudarios, para tirar siempre hacia la izquierda, que nuestro sudario tiene tendencia a girarse a la derecha...

Necesitas **el gusto** para saborear la procesión. Porque tomarse algún caramelo, como cuando ibas en la fila, es un riesgo que no puedes asumir. Si pides uno siempre hay que empezar a andar, o está malo y no lo puedes tirar...

Necesitas **el olfato** para respirar el ambiente y para disfrutar del incienso que llega desde los monaguillos, para no marearte, para "soplarle" a esa dichosa telilla que se te pega a la nariz, o para despegar el capuz cuando el aire y la lluvia lo pegan a tu boca, y sabes que se ve horrible.

Y, además de los cinco sentidos, necesitas el sexto.

Tienes que ser capaz de saber cuando van a arrancar los nazarenos, y eso que no los ves.

Tienes que ser capaz de saber si el tercio se va a partir en una curva sin que la cruz reliquia haya podido marcarla.

Tienes que agarrarte como puedes al suelo en cada paso que das para no perder el equilibrio con el peso y el centro de gravedad tan malo que tienes con el sudario.

Tienes que saber si se te ha movido el cíngulo, si se te ha subido la túnica o si el enganche se ha escondido o te ha abierto alguna "pollera" con tanto trajín con el sudario.

Tienes que marcarle a tus compañeros el tambor cuando no está muy claro para poder salir los tres a la vez.

Tienes que ir a la misma distancia de los que llevan las borlas, seguir al último de las palabras y además ir por el centro de la calle... ¡En muchas ocasiones Misión Imposible!

Tienes que ir acompasado a las palabras, al tambor, al tercio, a los monaguillos, a la música, al trono.

Y todo ello sin verlo, sin oírlo, sin tocarlo, sin saborearlo y sin olerlo. ¡Todo un desafío!

En esta última misión en el desfile, intentando mejorar cada año y aprender del gran maestro está nuestro amigo inmerso cuando llega aquél y le dice que deja de salir en la madrugada, que le pasa “el testigo”... Ahora, sin haber terminado de aprenderlo todo, le toca a él enseñar a los más nuevos. ¡Vaya tela!

Yo creo que esto se lleva en la sangre, porque en su familia hay por lo menos siete miembros que han llevado un sudario en las procesiones. Su padre llevó el del Nazareno como él lo lleva ahora, y como su hermano lo llevara algún lunes y sábado santos antes de la creación del Grupo de Acompañamiento. Su hermana llevó muchísimos años el de las Santas Mujeres, que ahora llevan dos de sus sobrinos. También su hermano lleva ahora el del Medinaceli que su cuñado llevó muchos años antes. Incluso éste último “hizo doblete” en su día llevando otros estandartes marrajos...

Y a todo esto empieza a tener claro que El Jesús Nazareno se ha convertido en algo muy importante en su vida. Que le ocupa poco tiempo al año, pero ese tiempo es de máxima intensidad, de plena dedicación.

¡Está encantado!

Y entonces llega un día en que su amigo Pedro Negroles le encarga el cartel para el Congreso del Nazareno. En plena enfermedad de su madre, se lleva el portátil al hospital para trabajar en dicho proyecto, que tras muchas plepas, y más lágrimas por la muerte de Josefina, sale a la luz.

Es ahora cuando se mete de lleno en la organización del Congreso, codo con codo con sus queridos hermanos José Antonio y Salva. ¡Menudo equipo!

Y estando en esas llega Domingo a pedirle que se hiciera cargo de las publicaciones, ya que el hermano *Javier Ariola*, que tan sabiamente nos había creado la página web “elnazarenodecartagena.com”, y que con tantos esfuerzos y dedicación había llevado el boletín “El Nazareno” en los últimos años tenía que irse lejos de la ciudad por motivos de trabajo. ¡Vaya marrón!

De ahí van surgiendo otros proyectos y otros asuntos en los que colabora en la medida de sus posibilidades, como la “Escuela de Formación”, “las actividades para la juventud”, o “el coro”.

Cosas, cosas y más cosas, iban haciéndolo recapacitar sobre lo que significaba realmente SER COFRADE.

¿Porqué una persona es capaz de hacer esto, estando en sus plenas facultades, con una familia que mantener y unos hijos pequeños que educar, en un momento de su vida que claramente no es el mejor momento para dedicarse a todas estas cosas?

Pues está clarísimo, por AMOR.

Por amor y por SER COFRADE.

Porque ser Cofrade es estar al servicio de la Iglesia, de la Semana Santa y por supuesto de los demás, como nos decía hace unos días Monseñor Amigo en esa maravillosa charla que espero que la Junta de Cofradías y las Juntas de Mesa de cada Cofradía tengan guardada, impresa y subrayada encima de sus mesas cada vez que se reúnan.

Eso es ser cofrade. A nosotros nos ha tocado hacerlo desde la devoción a Nuestro Padre Jesús Nazareno, como nos podía haber tocado en otra agrupación, pero ésta lotería de la vida nos ha hecho coincidir en un mismo sitio a varios hermanos y hermanas de todas las edades que, alentados por nuestro presidente, hemos sabido buscar un mismo sentido a nuestro sentimiento cofrade, porque desfilar está muy bien y hasta es lo que nos caracteriza al pueblo de Cartagena, pero ni es ni debe ser lo único que nos preocupe a las Agrupaciones ni a las Cofradías, si acaso debería ser lo último que nos preocupara, porque “eso lo tenemos ya chupao”...

Ahora es el momento de apostar por la formación cofrade.

De luchar por la vinculación y la participación de los cofrades en la Iglesia, y como tal en las parroquias.

Y por supuesto de acoger a los jóvenes, a los niños, y a las familias al completo en el seno de las agrupaciones para que se sientan aceptadas y queridas, para formar una gran familia en torno a Cristo...

Pues parece que esa va a ser la razón de ser de nuestro hermano. Intentar hacer, en su medida, con sus muchas limitaciones, y desde el Servicio a los demás, lo que nos decía el Nazareno: ¡AMAR AL PRÓJIMO COMO A TI MISMO!

Por supuesto que nuestro hermano, si estuviera aquí presente, no querría con esta reflexión ser egocéntrico ni mucho menos, sino que se estaría permitiendo el lujo de pensar en voz alta ante todos ustedes, buscando ese sentido que muchos no quieren encontrar a la Semana Santa y a las Cofradías...

Y no quiero terminar sin agradeceréselo antes de todo corazón a todos los que han escuchado, a todos los que han soportado a éste hermano tantos años, a los amigos, amigas, hermanos y hermanas de la Agrupación que lo

han admitido, querido y apoyado en todos los pasos de su vida, sobre todo a aquellos jóvenes que “tienen la suerte de ser jóvenes ahora” y que nos han brindado la oportunidad a nuestra generación de vivir nuestra “primera juventud cofrade” ahora casi a la vejez, porque la nuestra la perdimos sin saber lo que significaba...

Y por supuesto a los que tienen que sufrir sus idas y venidas de un lado para otro, a su familia, a sus hijos, a Dani que está aquí escuchando y a Rocío, que si hubiera venido no nos hubiera dejado escuchar a ninguno, pero sobre todo a su mujer Maria Eugenia.

¡Gracias por quererme tal y como soy, porque no os lo pongo nada fácil!

Y ahora nos queda la duda... ¿se sentirá este hombre suficientemente joven como para, junto con otros hombres y mujeres, y por medio de una Agrupación, formar una Cofradía de futuro?

Entre todos lo veremos... ¡Y SEGURO QUE LO HAREMOS!...

¡¡¡Y COLORÍN, COLORADO, ESTE CUENTO **NO** SE HA ACABADO!!!